

INDEPENDENCIA ¿A GRITOS?

Sen. Genaro Borrego

La noche del 15 de septiembre de cada año los mexicanos conmemoramos de una manera singular y única en el mundo nuestra independencia, es decir festejamos el hecho de ser una nación, de tener vida propia y por tanto de poseer una identidad, un territorio, una cultura, un estado nacional, una capacidad de autogobierno y un destino común.

No deja de ser curioso, aunque a nosotros nos parezca como algo normal y cotidiano, la forma en que hacemos tal conmemoración la cual es parte de un legado tradicional que se transmite y se preserva de generación en generación. Le llamamos “el grito”. Afirmamos nuestra pertenencia a una nación en un populoso ritual cívico anual con una exclamación gutural entre emocionada y desafiante: ¡Viva México! Gritamos al unísono millones de gargantas a una misma y determinada hora en todo el territorio nacional. Así nos decimos a nosotros mismos que somos mexicanos. La exclamación, repetida hasta llegar al borde de la afonía, se continúa con las dianas, los cohetes de pólvora que lanzan a las alturas luces multicolores, la música desordenada proveniente de todas partes, el baile masivo en el que participan desde mujeres con niños de brazos hasta impetuosos y liberados jóvenes junto a conmovedoras parejas de adultos ya entrados en años. Todos a nuestro modo damos “el grito”, agitamos la bandera nacional, nos animamos con tequila, miramos los rosetones de luces en el cielo explotar y disolverse, expresamos alegría como cada quien puede y así año con año nos decimos unos a otros que somos ¡mexicanos! al tiempo que exhaltamos una voluntad colectiva, un estridente deseo de que México viva.

En ningún país del mundo sucede algo así, ni siquiera más o menos parecido. No sé cómo se fue arraigando y extendiendo por todos los rincones del país tan peculiar manera de recordar la fecha y el hecho histórico de habernos liberado de la “tutela y el sometimiento” colonial.

Es la secuela de una arenga, es una convocatoria al levantamiento, es una provocación exhaltada, es un alarido colectivo, es una fiesta popular, es la ocasión para desfogar una ancestral necesidad de afirmar una identidad propia, única y singular. Seguramente la ceremonia del “grito” ha sido objeto de análisis y estudios antropológicos y de psicología del mexicano, dada la peculiaridad tan verdaderamente única del acontecimiento anual. Recuerdo haber leído algo al respecto en la obra de Octavio Paz. Son ya varios los amigos extranjeros de muy diferentes nacionalidades los que me han hecho reparar en lo inusitado e incluso lo curioso del evento de “el grito”. He visto cómo a los diplomáticos destacados en nuestro país les intriga, sorprende y a muchos extraña esta peculiarísima tradición mexicana. A más de uno le parece surrealista.

Más allá de referencias a nuestra originalidad conmemorativa, la reflexión es en el sentido de si podemos superar nuestro nacionalismo folclórico, festivalero, de exhabruptos anuales para vivir cotidianamente un callado nacionalismo que realmente, y no tan sólo en el deseo estridente, se traduzca en una aportación verdadera para que en este mundo tan complejo México viva y sea fuerte, productivo, progresista y justo.

Es desconcertante asistir a un “grito” septembrino y saber que estamos a punto de acabar con nuestros bosques, que prácticamente todos los ríos de nuestro territorio están contaminados; nuestras tierras están erosionadas; nuestras comunidades se están quedando

vacías; la pobreza en la mayoría de nuestra gente aumenta; nuestros alimentos son en su mayoría extranjeros; importamos maíz, gasolina, gas, leche, carne, etc., y nuestros alimentos espirituales como la música, los valores, las costumbres también son de importación. La patria nuestra no va a sobrevivir con gritos, sino con trabajo y con una actitud diaria de fortalecer y engrandecer lo nuestro; lo que fue de nuestros abuelos y padres y queremos que sea para nuestros hijos y nietos.

El tema del nacionalismo viene a cuento en estas fechas en las que abundan los símbolos de pertenencia común a una misma nación, sin embargo más allá del tradicionalismo folklórico y de la exclamación ritual vale la pregunta ¿qué significa hoy día ser nacionalista? ¿cómo se es nacionalista en los tiempos actuales del mundo globalizado e interdependiente?

La respuesta es compleja, sin embargo hay cuando menos dos elementos de análisis que aquí deseo destacar: el primero se refiere a que hoy día es inconcebible un nacionalismo cerrado al mundo exterior, ni tampoco creo en un nacionalismo hostil, agresivo, intolerante o defensivo. Considero conveniente un nacionalismo fincado en valores propios, abierto constantemente a influencias positivas provenientes de todo lo largo y ancho del mundo.

El otro tópico del análisis se refiere a evitar la confusión conceptual, que es muy frecuente y suele ser engañosa, entre nacionalismo y estatismo.

No necesariamente se trata de categorías indisolubles o permanentemente asociadas entre sí, es decir no siempre es garantía de beneficio al interés nacional la supeditación de actividades económicas y culturales clave al ámbito del poder del Estado y su capacidad patrimonial. La verdadera fuerza nacionalista reside esencialmente en una ciudadanía preparada, segura de sí misma con educación sólida, capaz y competitiva, laboriosa y formada en valores firmes que sea verdadera y cotidianamente nacionalista. El asunto es amplio y sugerente, sin embargo el espacio no da para más. Hasta el próximo martes.

Septiembre 17, 2002.